

José L. Duarte, Jarret T. Crawford, Charlotta Stern, Jonathan Haidt, Lee Jussim & Philip E. Tetlock, "La diversidad política va a mejorar la ciencia de la psicología social", *Estudios Públicos* 141 (2016).

COMENTARIOS CRÍTICOS*

LA CEGUERA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Jorge Fábrega

jfabrega@udd.cl

Centro de Investigación de la Complejidad Social
Universidad del Desarrollo

“¿Y eso para qué sirve?” es una pregunta recurrente en el quehacer de los investigadores en ciencias sociales. Ello se debe a que sobre estas disciplinas recae siempre una demanda por utilidad social inmediata. De ellas se espera que contribuyan a mejores soluciones aquí y ahora sobre la convivencia, la productividad, la gestión, el desarrollo de mejores políticas públicas e instituciones, y, en términos generales, existe una expectativa de que las ciencias sociales produzcan mejoras tangibles en el bienestar colectivo.

Por este motivo, es relevante el debate que se ha generado en torno al artículo de Duarte et al. (2016): debido a que el bienestar social es una creación colectiva y por lo tanto una construcción política, cabe preguntarse si la falta de diversidad política dentro de una ciencia social podría entorpecer su contribución a dicho bienestar. Los autores sostienen que sí. Además argumentan que la diversidad política está declinando y que nada bueno surgirá de aquello. Al respecto, proponen una serie de acciones que, a su juicio, permitirían enmendar el rumbo. No me voy a detener aquí sobre la calidad de la evidencia que presentan (otros artículos en esta edición de *Estudios Públicos* se abocan a ello).

* Los comentarios aquí expuestos nacen de académicos chilenos a los argumentos y evidencias de Duarte et al. (2016). Las referencias se han unido al final de ambos comentarios.

A mi parecer, tal evidencia no es convincente. Pero el que no lo sea no quita relevancia a la pregunta que levantan, la que podemos reformular así: ¿pueden las ciencias sociales seguir siendo funcionales a la sociedad si carecen de diversidad ideológica, o, bien, si dicha diversidad va disminuyendo en el tiempo?

En línea con la preocupación de Duarte et al. (2016), un buen ejemplo de los alcances negativos que podría tener un sesgo ideológico en una comunidad científica se hizo patente en las ciencias económicas en octubre del año 2008.¹ En plena crisis *subprime*, Alan Greenspan (quien en 2006 había culminado veinte años al mando de la Reserva Federal de los Estados Unidos) fue invitado a exponer al Congreso norteamericano. En esta ocasión, un congresista le preguntó si sentía que su ideología lo había inclinado a tomar decisiones que hubiese preferido no tomar. “Sí, encontré una debilidad. No sé cuán relevante o permanente es. Pero ese hecho me ha tenido muy molesto”, respondió Greenspan, agregando: “Aquellos de nosotros que hemos cuidado el interés de instituciones prestamistas con el fin de proteger su patrimonio, estamos en un estado de profunda incredulidad”.²

En apariencia, un error de juicio (una confianza absoluta de Greenspan en la capacidad de autorregulación de los mercados financieros), motivado por un sesgo ideológico estaría en las bases del problema. No obstante, no es menos cierto que quienes sostenían posiciones ideológicas divergentes con Greenspan tampoco anticiparon la crisis que finalmente se produjo. En gran medida, ello se debe a que, más allá de las diferencias de énfasis (algunos como Greenspan proclives a mercados financieros desregulados y otros a mercados financieros regulados), existe un amplio consenso dentro de la disciplina económica en torno a métodos y marcos conceptuales. De hecho, diez años antes de las palabras de Greenspan, los economistas Fuchs et al. (1997) hicieron

¹ Concentraré mi comentario en torno a la ciencia económica que, me atrevo a afirmar, ha sido la disciplina dentro de las ciencias sociales con mayor incidencia en los asuntos públicos en las últimas décadas.

² En inglés original: “Yes, I’ve found a flaw. I don’t know how significant or permanent it is. But I’ve been very distressed by that fact (...). Those of us who have looked to the self-interest of lending institutions to protect shareholders’ equity, myself included, are in a state of shocked disbelief”. Edmund Andrews, “Greenspan Concedes Error on Regulation”, *New York Times*, 2008, http://www.nytimes.com/2008/10/24/business/economy/24panel.html?_r=0.

una encuesta entre economistas de las más prestigiosas universidades norteamericanas en torno a temas laborales y de finanzas públicas, y concluyeron que sus propuestas de política pública no discrepaban porque sus métodos de análisis los llevaran a conclusiones diferentes, sino porque sus preferencias diferían.

Por lo anterior, me parece muy ilustrativo que, un año después de las palabras de Greenspan, Paul Krugman (también pensando en la crisis *subprime*) se preguntara en qué se habían equivocado los economistas. Sostiene Krugman que el error no radicaba en no haber podido predecir esa crisis, sino en la total ceguera que impedía considerar la mera posibilidad de una catastrófica falla de los mercados. ¿De dónde venía esa ceguera? Escribe Krugman (2009): “El error de la profesión fue el deseo de una aproximación omnicomprendiva, intelectualmente elegante, que además diera a los economistas la posibilidad de lucir su destreza matemática”.³

No es, como sugieren Duarte et al. (2016), en la falta de diversidad ideológica donde radica el riesgo de que una ciencia social no ofrezca los servicios que la sociedad le pide. Sin ir más lejos, ellos mismos reconocen que su punto ha sido levantado varias veces antes dentro de su disciplina, la psicología social. Es más, su propio artículo es reflejo de la capacidad de una comunidad científica de autorregularse y corregir faltas de diversidad política. Por eso, el problema puede parecer uno ideológico sólo en la superficie. En cambio, yo creo que Krugman tiene razón: el riesgo es epistemológico y radica en el natural deseo de todo constructo teórico de buscar expandirse intelectualmente. Ése es el problema que detecta Krugman en la comunidad de economistas, pero ante el cual no puede hacerse nada desde dentro de dicha comunidad. El verdadero peligro de una ciencia social es que sus miembros, a diestra y siniestra, estén convencidos por igual de las bondades de un marco analítico específico, y, por ende, la disciplina pierda su capacidad de someter a escrutinio sus propios fundamentos. Es allí cuando se torna ciega. Y esa ceguera es, en jerga sociológica, la que acontece cuando se clausura operacionalmente frente a su entorno. Luego de ese cierre, el mundo puede estar cayéndose a pedazos afuera, pero desde adentro de la comunidad ya no es posible percibirlo.

³ En inglés original: “The profession’s failure was the desire for an all-encompassing, in intellectually elegant approach that also gave economists a chance to show off their mathematical prowess”.

Un ejemplo concreto para el caso chileno, sobre el que me he extendido en otra parte (Fábrega 2015), es el debate entre focalización y universalidad de las políticas públicas que ha empezado a producirse en los últimos años. En Chile se instauró como verdad sagrada que una buena política social es necesariamente un subconjunto de las políticas que focalizan. En ese sentido, el fracaso de una política social siempre fue visto como el resultado de una focalización mal hecha. Nunca se planteó como posibilidad que dicho fracaso pudiera derivarse precisamente del hecho de que esa política social, en ese contexto específico, se basara en criterios de focalización porque había, y sigue existiendo, un consenso extendido en torno a que toda buena política pública focaliza. Dentro de la ciencia económica, la decisión sobre focalizar o no hacerlo no fue objeto del mismo rigor analítico —en que se comparan costos y beneficios— que la disciplina obliga en toda toma de decisiones.

No obstante, la realidad se niega a ser encapsulada y cosas empezaron a pasar en Chile desde, al menos, la revolución pingüina del año 2006. Eventos que empezaron a remecer los contextos sociales y el debate público en direcciones para los que la disciplina económica no tenía lenguaje, como, por ejemplo, para hacerse cargo de la irrupción del concepto de “derecho social”. Las propuestas sobre universalidad que se han hecho en el último tiempo ponen ese concepto sobre la mesa, y la reacción casi unánime de la disciplina económica ha sido de rechazo bajo la idea de que, una vez definido lo que queremos, la decisión socialmente más rentable es aquella que maximiza el bienestar social con el menor uso posible de recursos (es decir, la que focaliza bien). Pero ello supone un consenso social sobre lo que se desea maximizar, consenso que en el actual contexto político ya no puede tomarse como dado. Entonces, si ya no tenemos claridad sobre lo que la sociedad desea, ¿cómo puede decirse que la alternativa que mejor focalice es la socialmente más deseable? *Profession's blindness*, como lo llama Krugman.

Más que en la falta de diversidad política de sus miembros, es aquí donde radican los riesgos de futilidad de las ciencias sociales. Dirigidas como están las ciencias sociales a entender a los seres humanos en sus relaciones, de ellas se esperan altas dosis de utilidad práctica. Dosis que obligan a aterrizar sus postulados de pretendida validez general a realidades concretas que se resisten a ser reducidas a un único marco de conceptos. Cuando una disciplina científica se cierra sobre sí misma dificult-

ta su capacidad de visualizar las especificidades del contexto social de la cual se espera diga o proponga algo. Y, por ende, sólo en la convivencia entre métodos, aproximaciones y preguntas complementarias desde disciplinas diferentes es posible construir colectivamente el insumo que la sociedad pide de las ciencias sociales. El síntoma de algo que no está funcionando bien no es la falta de diversidad política, sino la carencia de diálogo interdisciplinario. Cuando una ciencia social se retira del diálogo interdisciplinario corre el riesgo de no dimensionar el peso de todo lo que ha dejado afuera de su análisis. Es allí donde la respuesta al “¿Y eso para qué sirve?” corre el riesgo de verse reducida a un simple “Bueno, fundamentalmente sirve para que yo alimente a los míos”.

DIVERSIDAD POLÍTICA E INTERDISCIPLINA

Carlos Rodríguez-Sickert **Cecilia Monge-Babich**

carlosrodriguez@udd.cl

cmonge@udd.cl

Centro de Investigación de la Complejidad Social
Universidad del Desarrollo

Duarte et al. (2016) nos hacen notar la falta de diversidad política en las ciencias sociales en general y en la psicología social en particular, para luego discutir los efectos perversos que ella causa en la actividad científica de estas comunidades. Esta falta se expresaría en la sobrerrepresentación de los liberales, la subrepresentación de los conservadores y la dinámica emergente de esta asimetría.

En la tabla 1, de nuestra autoría, se presenta la distribución de posiciones políticas en las comunidades académicas de interés y que sostiene la preocupación de los autores respecto a la falta de diversidad política.

Duarte et al. no especifican la forma exacta en que se mediría la subrepresentación de los conservadores y la sobrerrepresentación de los liberales. Si se utiliza la desviación de una distribución uniforme entre las tres categorías posibles, es decir de 33 por ciento a cada una, la magnitud de la sobrerrepresentación de los liberales estaría dada por 25 por ciento en las ciencias sociales y un dramático 52 por ciento en la psicología social.